**Domingo 4º de Adviento (24.12.2017): Lucas 1,26-38.**

***“María, vas a dar a luz un hijo… Jesús”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

El cuarto domingo de este Adviento coincide con la celebración del nacimiento de Jesús en la nochebuena. Y para tal celebración se nos propone la lectura evangélica de Lucas 1,26-38, el anuncio del nacimiento de Jesús de Nazaret: *“El ángel Gabriel fue enviado a una ciudad de Galilea llamada Nazaret…”* (Lc 1,26).

Un relato como éste del Evangelista Lucas no se encuentra en el llamado ‘Evangelio de Marcos’ que ha sido el Evangelio que esta Iglesia de la liturgia vaticana nos animó a leer desde el primer domingo de Adviento. ¿Por qué nos propone ahora la lectura de un relato que no existe en la obra de Marcos? ¿Por qué…? Porque no le importa el Evangelio, sino su Adviento.

Asumo leer esta propuesta de la caprichosa o interesada autoridad de la liturgia que nos propone leer Lucas 1,26-38. Y lo primero que me digo y escribo CONTIGO es que esta narración de la llamada ‘Anunciación del Ángel Gabriel a María’ es una pieza del inmenso puzle que se imaginó este Evangelista y cuya narración completa comienza en Lucas 1,5 con el anuncio del ángel Gabriel a Zacarías en el templo de Jerusalén donde se le promete que será padre de un niño, aunque él sea ya un anciano y su mujer otra anciana y estéril.

La narración de ‘este puzle’ acaba en Lucas 2,52 cuando Jesús de Nazaret ha cumplido sus doce años y se ha presentado en el templo de Jerusalén dando lecciones de magisterio sobre Yavé Dios a las autoridades del sacerdocio y del Sanedrín judíos. A este puzle narrativo se le puede llamar ‘El Evangelio de la infancia de Jesús de Nazaret’. ¿No le parece a cualquier lector sensato y con sentido común que este relato de ‘La infancia de Jesús’ deberíamos leerlo todo seguido y completo? ¿Por qué no se hace? Porque a alguien no le importa el Evangelio.

Espero que nadie se sienta tocado en los planteamientos de su religión o de su fe si afirmo que esta manera de contar la infancia de Jesús es un relato mítico. Un mito es una forma ‘mentirosa’ de contar una realidad que se conoce y se cree y que no es sencilla de explicar o de aceptar. Lo ‘mentiroso’ es la vestimenta o literalidad del relato. Lo verdadero, lo que se sabe, se siente, se desea o se cree se esconde bajo el ropaje de los personajes, de lo que dicen y de lo que hacen. Y estos personajes suelen ser dioses, semidioses, ángeles o héroes…

A los Evangelistas Marcos y Juan no les pareció ni importante ni oportuna la infancia de Jesús de Nazaret y por eso no dijeron nada de ella en sus Evangelios. Mateo y Lucas, en cambio, sí consideraron importante esta infancia y cada uno se inventó una infancia diferente. ¿Tuvo este Jesús de Nazaret dos infancias a la vez? Espero que más de uno se lea estas dos narraciones.

¿Qué deseó contarnos Lucas con su peculiar y mítica narración simbólica de ‘la infancia de Jesús’? Creo aquel Lucas ya no nos puede explicar lo que desearíamos saber. Como tampoco aquel griego Homero nos podrá explicar su mito de la guerra de Troya. Tal vez nos dirían aquello que ya sabemos: ‘Lo escrito, escrito queda. Lee y piensa´. Cada vez me creo más que esta ‘infancia de Jesús’ nos viene a decir que ha llegado la hora del cumplimiento de la vieja profecía que leemos en Daniel 9: El liberador que esperaba Israel fue y es Jesús, el crucificado.

**Domingo 4º de Lucas (24 de diciembre de 2017): Lucas 1,39-56**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

La tercera pieza del que he llamado ‘puzle narrativo de la infancia de Jesús’ que nos cuenta Lucas en su Evangelio suele titularse ‘La visitación’ (Lc 1,39-56): *“En aquellos días* [es decir, a los seis meses del anuncio del ángel Gabriel al anciano sacerdote Zacarías] *se levantó María y fue enseguida a la región montañosa y a una ciudad de Judá, entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel… María permaneció con ella unos tres meses y se volvió a su casa”.*

He copiado sólo la primera expresión con la que se abre este relato y la última, con la que se cierra y acaba. La línea del tiempo es una de las claves para comprender el mensaje de este relato mítico de Lucas. Se anunció el nacimiento de un niño que se llamará Juan. Y a los seis meses se anunció el nacimiento de otro niño que se llamará Jesús. Las madres respectivas de estos niños comparten tres meses de sus vidas: los tres últimos del embarazo de Isabel y los tres primeros del embarazo de María.

¿Qué se contaron estas dos mujeres en aquellos tres meses de convivencia? ¿Qué hicieron la una y la otra en aquella montañosa ciudad de Judá y en la casa de Zacarías? ¿Fueron meses de invierno o de verano, de otoño o primavera?... Estos y otros interrogantes le interesan mucho a un lector crítico porque desea conocer la historia de todo lo que realmente sucedió o pudo suceder. En cambio para quien cuenta un mito estas preguntas carecen de valor o son intranscendentes.

Cuando leemos esta narración tan mítica como simbólica nos sorprenden mucho las palabras que el narrador y evangelista pone en boca de una y de otra mujer. No le importa si esas palabras las dijo realmente o no cada una de ellas. El autor pone en sus bocas estas palabras porque en ellas desea contar lo cree y desea que crean los lectores de su relato. En estas palabras, podría decirse, se descubren las intenciones profundas del narrador.

De las palabras de Isabel (Lc 1,42-45), que las dijo alzando mucho la voz, me quedo ahora con la primera bienaventuranza que este Evangelista pone en labios de esta mujer: feliz, dichosa, bienaventurada por confiar, acoger y creer que se cumplirán las promesas que el pasado puso en boca de Gabriel el intermediario de Yavé, el Dios de Israel (según se lee en Daniel 9,20-27).

Y en boca de María este Evangelista colocó una plegaria que hilvanó a partir del ‘Cántico de Ana’ que puede leerse completo en el primer Libro de Samuel 2,1-10. Las dimensiones nacionalistas de la religión de Ana y del viejo pueblo de Israel no han desaparecido de las expresiones que le nacen en los adentros a esta María del Evangelio de Lucas: *“Desde ahora, todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Poderoso ha obrado en mí maravillas. Su nombre es Santo… Desplegó la fuerza de su brazo… Dispersó a los soberbios… Derribó a los potentados de sus tronos… Acogió a Israel, su siervo…”* (Lc 1,48-54).

La proclamación literal de estas expresiones hiere, por expresarlo con delicadeza, la sensibilidad humanizadora que nos hace a los seres humanos cercanos y no enfrentados, reconocidos y no rechazados… ¡Cuánta tarea liberadora le queda por delante al nuevo mesías!